



ASOCIACIÓN ARGENTINA DE ESPECIALISTAS EN ESTUDIOS DEL TRABAJO

CONGRESO NACIONAL DE ESTUDIOS DEL TRABAJO

EL TRABAJO EN CONFLICTO. Dinámicas y expresiones en el contexto actual

BUENOS AIRES, 2, 3 Y 4 DE AGOSTO DE 2017

Grupo Temático N° 5: Trabajo y trabajadores en producciones agrarias y en el mundo rural

Coordinadores: Mariela Blanco, Mónica Steimbregger y Germán Quaranta

La composición social del trabajo en la agricultura mecanizada: la Pampa argentina y el Corn Belt estadounidense a principios del siglo XXI

Autor/es: Juan Manuel Villulla

E – mail: jmvillulla@gmail.com

Pertenencia institucional: UBA – CONICET - CIEA

Introducción

Este trabajo explora las particularidades del volumen y la composición social de la mano de obra en zonas de agricultura mecanizada. Nos preguntamos si es posible teorizar la existencia de tendencias universales asociadas al trabajo mecanizado –y en ese caso cuáles son-; o si, por el contrario, cada formación social asimila de modo diferente la incorporación de tecnología al proceso productivo en distintos momentos históricos, ofreciendo por lo tanto diferentes escenarios en cuanto a la cantidad y el tipo de trabajadores que lleva adelante la producción. En una palabra, si es como afirmara Kautsky (2002:126), que *“las tendencias del desarrollo social, inclusive las del desarrollo agrícola, son fundamentalmente las mismas en todos los países civilizados, pero las situaciones que ellas han creado son extremadamente diversas en los distintos países y hasta en las distintas regiones de un mismo país, en virtud de las diferencias de suelo, del pasado histórico y, en consecuencia, de la fuerza de las distintas clases sociales”*, nos preguntamos cuáles son las “situaciones” que ha generado la maquinización de la agricultura en lo que hace al trabajo y los trabajadores en distintas formaciones sociales y en una etapa del capitalismo por completo diferente a la analizada por los autores clásicos.

Desde esta perspectiva, apelamos al método comparativo a escala internacional para cotejar dos zonas del mundo relativamente similares en cuanto a condiciones agroclimáticas, cuya producción de valor se asiente más o menos en el mismo tipo de mercancías, y cuyos procesos de trabajo sean –desde el punto de vista tecnológico- básicamente iguales. Con este criterio, seleccionamos al *Corn Belt* estadounidense y las Pampas argentinas para llevar adelante esta comparación, que a la vez reconoce una trayectoria en la historiografía, la economía y la sociología del agro en nuestro país e incluso en



Estados Unidos (Taylor, 1949; Flichman, 1978; Azcuy Ameghino, 1997 y 2010; Balsa, 2003 y 2009). Lo distintivo de nuestro aporte, en este caso, es hacer eje específicamente en la organización social del trabajo. Dentro de un proyecto mayor al respecto, en esta ponencia presentamos algunos de los primeros avances basados en el cotejo estadístico de los Censos Agropecuarios y de Población argentinos y norteamericanos referidos a la primera década del siglo XXI, apelando también a la triangulación –sobre todo en el caso nacional- con otras fuentes de información o estudios en profundidad que permitan rearmar imágenes coherentes de ambos polos de la comparación. Deseo agradecer la asistencia de Celeste Tancredi y Bruno Capdeville, becarios PROPAI (FCE) y Estímulo (UBA) respectivamente, que contribuyeron al procesamiento de los datos en el marco de nuestras actividades compartidas en el Proyecto UBACyT “El modelo agrícola sojero: expansión productiva, concentración del capital, crisis de las explotaciones familiares, cambios organizativos y en los procesos de trabajo, 1988-2015” (programación 2014-2017), financiado por la Universidad de Buenos Aires y con asiento en el Centro Interdisciplinario de Estudios Agrarios.

El trabajo en el capitalismo agrario contemporáneo: Estados Unidos y Argentina

Entre 2002 y 2012, la cantidad de obreros rurales registrados por el Censo Agropecuario de EE.UU. descendió casi un 10%, de 3.036.470 a 2.736.417. Es decir, 300.053 asalariados/as menos. En el mismo lapso, la cantidad de granjas disminuyó globalmente un 0,9%: 19.679 unidades. Un número insignificante entre las 2.109.303 del país, sobre todo teniendo en cuenta que la superficie explotada bajó más que la cantidad de explotaciones: de 938 a 914 millones de acres, es decir un 2,5% menos (-23.751.399 acres), dando como resultado un descenso de la superficie media de las *farms*, de 441 acres en 2002, a 434 en 2012. Como muestra el Cuadro 1, esto tiene que ver con el fuerte crecimiento relativo de las granjas más pequeñas en extensión, entre 1 y 49 acres (0,4 y 19,6 hectáreas) dentro del cuadro general.

Cuadro N° 1. Granjas por estrato de extensión, Estados Unidos, 2002 a 2012

	2002	2012	Diferencia	%
1 a 9 acres	179.346	223.634	44.288	24,7
10 a 49 acres	563.772	589.549	25.777	4,6
50 a 179 acres	658.705	634.047	-24.658	-3,7
180 a 499 acres	388.617	346.038	-42.579	-11,0
500 a 999 acres	161.552	142.555	-18.997	-11,8
1,000 a 1,999 acres	99.020	91.273	-7.747	-7,8
2,000 acres y más	77.970	82.207	4.237	5,4
Totales	2.128.982	2.109.303	-19.679	-0,9



Fuente: elaboración propia en base a *Census of Agriculture 2002 y 2012*, Departamento de Agricultura de los Estados Unidos.

Esta caída en el número de obreros, la relativa estabilidad del número global de explotaciones, la disminución de sus superficies medias, y el crecimiento relativo de las granjas de extensión más pequeña, sugerirían cierta bonanza de la agricultura familiar. Sin embargo, los datos económicos que ofrece la estadística norteamericana muestran que todos aquellos indicadores convivieron entre 2002 y 2012 con un incremento de la concentración del capital: las granjas más grandes de la escala en términos de facturación –u\$s 500.000 anuales o más- duplicaron su número y algo más, mientras que en todas las demás escalas inferiores –desde las medianas hasta las más pequeñas- se registran desapariciones de *farms*. En efecto, sustrayendo del análisis el crecimiento del 119% de los establecimientos que más facturan, el panorama cambia sustancialmente: entre 2002 y 2012 se perdieron el 37% de las granjas pequeñas y medianas.

Cuadro 2. Granjas por estrato de facturación, Estados Unidos, 2002 a 2012

	2002	2012	Diferencia	%
Menos de \$2,500	826.558	788.310	-38.248	-4,6
\$2,500 a \$4,999	213.326	191.422	-21.904	-10,3
\$5,000 a \$9,999	223.168	214.245	-8.923	-4,0
\$10,000 a \$24,999	256.157	244.954	-11.203	-4,4
\$25,000 a \$49,999	157.906	152.873	-5.033	-3,2
\$50,000 a \$99,999	140.479	129.366	-11.113	-7,9
\$100,000 a \$499,999	240.746	232.955	-7.791	-3,2
\$500,000 o más	70.642	155.178	84.536	119,7
Totales	2.128.982	2.109.303	-19.679	-0,9

Fuente: elaboración propia en base a *Census of Agriculture 2002 y 2012*, Departamento de Agricultura de los Estados Unidos.

Volviendo a los trabajadores, la reducción del personal asalariado del campo estadounidense en este contexto parece deberse a una *intensificación capitalista del trabajo*, compatible tanto con la concentración mencionada como con la disminución de la superficie total trabajada, y coherente a su vez con el aumento de 200.646 a 394.644 millones de dólares del valor de la producción (+94%). Esto explicaría por qué un 10% menos de trabajadores, operando sobre una superficie 2,5% más pequeña, casi duplicó el valor comercializado. La intensificación referida puede comprobarse más claramente en el cuadro 3, observando cómo, en un contexto de suba de costos en general (+90%), aumentan más los gastos en capital constante (+95,3%) que los destinados a los salarios –o capital variable- (+45%), haciendo disminuir del 11 al 8% la proporción de los costos laborales sobre el conjunto. En un



contexto de aumento de la tasa de ganancia sectorial del 14 al 17% entre 2002 y 2012, esto implicaría un aumento de la tasa de explotación del trabajo del orden del 64%, que expresa la pérdida de terreno de los salarios respecto a los beneficios en el período (de 0,68 salarios por unidad de ganancia a 0,41). Así, en resumen, lo que se verifica es un aumento en los beneficios del sector basado en una mayor inversión de capital por hectárea, centrada en gastos que aumentan la productividad del trabajo, y que derivan en un aumento de su explotación vía intensificación.

Cuadro N° 3. Costos totales, costos laborales y ganancias sobre facturación total, Estados Unidos, 2002 a 2012

	2002		2012		Variación
Valor total comercializado	200.646.355		394.644.481		96,7
Costos		%		%	
<i>Trabajo asalariado</i>	18.568.446	11	26.986.669	8	45,3
<i>Gastos sin trabajo</i>	154.630.770	89	301.952.685	92	95,3
<i>Costos totales</i>	173.199.216	100	328.939.354	100	89,9
Beneficio	27.447.139	14	65.705.127	17	58,2
Salarios/beneficio	0,68		0,41		-64,7

Fuente: elaboración propia en base a *Census of Agriculture 2002 y 2012*, Departamento de Agricultura de los Estados Unidos.

En términos de los bienes que le sirvieron de soporte, este aumento del valor agrario estadounidense tiene que ver, básicamente, con el incremento de la producción de maíz en grano (+20%), maíz para forrajes (+16,4%), soja (+8,09%), y cerdos (+9,3%)¹. El stock de vacas lecheras, por su parte, se mantuvo estacionario (+1,6%) -independientemente de que su rendimiento en términos de litros de leche haya aumentado-, al igual que la producción de pollos, que bajó un 0,4%; mientras que la producción de vacunos descendió un 5,76%². Eso quiere decir que el crecimiento del maíz o la soja como suplemento alimentario de las distintas formas de ganadería fue traccionado más bien por la producción porcina. Y este crecimiento de la producción de cerdos concilia la ampliación del número de granjas de pequeña extensión que observábamos en el cuadro 1 con la concentración económica que analizamos en el cuadro 2: los cerdos son engordados en sistemas de confinamiento animal intensivos que no demandan demasiada superficie sino fuertes inversiones en instalaciones, es decir, más capital que tierra.

Seguir con semejante detalle la evolución del trabajo en el capitalismo agrario argentino es más complejo por la falta de estadísticas sistemáticas. Sobre todo, porque no hay un nuevo censo

¹ Fuente: United States Department of Agriculture (USDA), Census of Agriculture 2002 y 2012



agropecuario con el que cotejar los datos productivos de 2002. De todos modos, a la inversa que en los Estados Unidos, en Argentina la mejor herramienta para seguir la evaluación del empleo agrario son los censos de población, que además sí mantuvieron su continuidad entre 2001 y 2010. Según sus resultados, aquí el empleo agrario *creció*, en vez de decrecer, en la primera década del siglo XXI: se registraron 198.105 asalariados más, lo cual significó un incremento sustancial del 30%. El censo de 2001 se hizo en un marco de aguda crisis económica y social, de modo que una parte de este crecimiento es recuperación del empleo en sectores afectados por ese contexto excepcional. Aunque el área sembrada no descendió tanto por la crisis, y los datos no cambian demasiado si se los compara con el contexto previo a la recesión (temporada 1997/98). Así, entre 2001 y 2010, las superficies sembradas con todos los cultivos se incrementaron un 21,8% (o un 22,5% si se compara con 1997); los volúmenes cosechados subieron un 34,1% (aquí sí hay más recuperado, ya que el aumento es sólo de 14,2 frente a 1997)³; las cabezas de ganado aparecen estancadas entre 2001 y 2010 pero habían llegado a crecer hasta un 17% en 2007⁴; y la cantidad de litros de leche se conservó estacionaria alrededor del 2% de aumento, luego de duplicarse en los años '90⁵. Es decir, con crecimiento neto o con recuperado, existió un empuje económico que habilita un incremento del empleo agrario en el país y que, de hecho, invierte una tendencia a la expulsión de mano de obra que se mantenía por lo menos desde 1970. Es más, el empleo es la variable que más crece comparada con las hectáreas cultivadas, las cabezas de ganado y, desde ya, los litros de leche ordeñados. De modo que si bien habría claramente aumentos de producción por incrementos de productividad –como lo señala la relación entre cosechas y superficie sembrada, o la fuerte difusión del *feed lot* (Rearte, 2010; Capdevielle, 2016)-, a diferencia de los Estados Unidos, el capitalismo agrario argentino parece haber crecido sobre bases extensivas, más que intensivas. Lo cual es coherente con el mencionado aumento del empleo, pero sobre todo con la incorporación de millones de hectáreas a la producción –particularmente en el norte del país-, que

² *Ídem*

³ Fuente: Datos Abiertos de Agroindustria. Ministerio de Agroindustria. Disponible en: <https://datos.magyp.gob.ar/reportes.php?reporte=Estimaciones> (consultado por última vez el 21 de junio de 2017)

⁴ Aquí se da una doble particularidad por las fluctuaciones ganaderas: por un lado, en 2001, al momento del censo de población el stock ganadero se encontraba cerca de su mínimo histórico fruto de la crisis general (48,8 millones de cabezas); por otro, al momento del nuevo censo de población, en 2010, la ganadería vacuna atraviesa su propia crisis y vuelve a 48,9 millones, igual que en 2001 y neutralizando cualquier cambio, pero luego de haber tocado el pico de las 58,1 millones de cabezas en 2007 (Fuente: Instituto para la Promoción de la Carne Vacuna (IPCVA) y Capdevielle, 2016). Interesante para reflexionar acerca de cómo las comparaciones entre dos extremos de un período no reflejan la evolución *entre* los extremos, sino simplemente la situación *al momento* de los extremos, como fotografías separadas y no como el inicio y final de una película de corrido.

⁵ Fuente: Observatorio de la Cadena Láctea Argentina (OCLA). Disponible en: <http://ocla.org.ar/contents/newschart/portfolio/?categoryid=12> (consultado por última vez el 21 de junio de 2017)



diferencian netamente el caso criollo del norteamericano, donde la producción crece aunque la superficie en producción baja⁶.

Por último, aunque acaso sea lo más importante, el mayor crecimiento de los asalariados comparado con el cuentapropismo o el trabajo familiar en Argentina, habla de una expansión económica que se procesó de manera más polarizada que en Estados Unidos en el plano social. Es decir, se trató de un crecimiento cuyos beneficios –en términos demográficos- fueron distribuidos de manera esencialmente desigual, dado que la mayoría de sus productores directos obtuvieron de él sólo un salario –a la sazón, los más bajos de la Argentina⁷-, mientras que las rentas y ganancias fueron concentradas por un grupo social de propietarios -de tierra y/o capital- cuyo tamaño relativo frente a la masa de asalariados locales o frente a sus pares propietarios de Estados Unidos, fue mucho más reducido. Así, por cada patrón rural censado en Argentina, pasó de haber 5,7 trabajadores a 6 entre 2001 y 2010; en paralelo, entre 2002 y 2012, en Estados Unidos, la misma relación pasó de 1,4 a 1,3 trabajadores por cada explotación agropecuaria.

Trabajo y capitalismo agrario en el Corn Belt y las Pampas

Estados Unidos es el principal productor de maíz del mundo: de las 862.71 millones de toneladas de maíz registradas a escala global en 2012, aportó 270.832.000 toneladas (alrededor del 30% global)⁸. De esa gran producción, dos tercios se cosechan en los estados del llamado *Corn Belt*, o “Cinturón de Maíz”, denominado así justamente por el predominio tradicional de este cultivo entre los farmers de la zona: una suerte de semicírculo al sur de los grandes lagos, en el centro-norte del país, que abarca alrededor de 133.192.400 hectáreas y constituye el 13,5% de la superficie del país⁹.

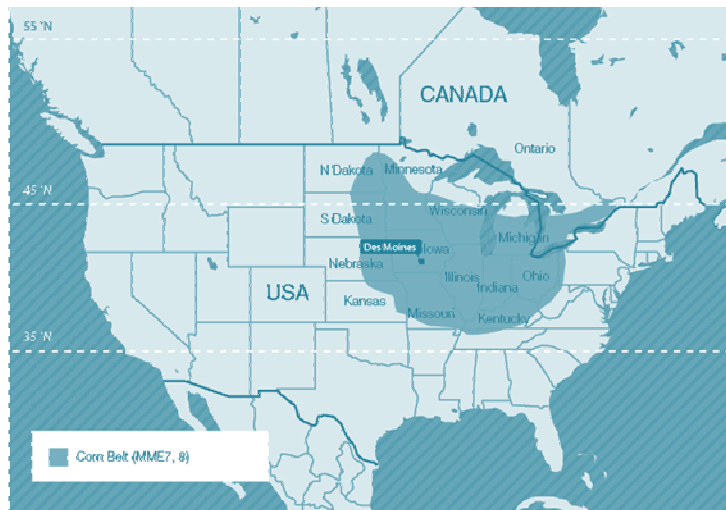
⁶ Entre 2002 y 2010, la superficie cultivada en el Noroeste argentino aumentó un 294% incorporando 3 millones de hectáreas, y el Noreste hizo lo propio creciendo un 294% con otras 915.324 hectáreas (Fernández, Krysa y Ortega, 2014). La mayor parte de ellas pertenece a los 2,5 millones de hectáreas desmontadas en Argentina entre 2004 y 2012 (Aranda, 2015), es decir, puestas en producción recién estos últimos años.

⁷ Fuente: Ministerio de Hacienda de la Nación. Subsecretaría de Planificación Macroeconómica. Disponible en: <http://www.minhacienda.gob.ar/secretarias/politica-economica/programacion-macroeconomica/> (consultado por última vez el 21 de junio de 2017)

⁸ Fuente: USDA, Census of Agriculture 2002 y 2012

⁹ Los estados que consideramos parte del *Corn Belt* en este estudio son ocho: Iowa, Illinois e Indiana –como su núcleo duro- y Ohio, Wisconsin, Minesotta, Missouri y Michigan. En rigor, entre estos últimos la tradición del maíz sólo abarca los extremos norte de Missouri, el oeste de Ohio, y el sur de Minesotta, Wisconsin y Michigan. Otras definiciones también consideran parte del *Corn Belt* el este de Nebraska, Dakota del Sur y Dakota del Norte, como se observa en el mapa N°1.

Mapa N°1. Corn Belt de los Estados Unidos



Más novedoso que el maíz es el peso de la soja en esas tierras, que alojan el 61% de los protos estadounidenses, y que a pesar de haberse “des-sojizado” un 6% desde 2002, hacen de EE.UU. el primer productor mundial de esta oleaginosa, seguido de cerca por Brasil y un poco más lejos por Argentina¹⁰. Por último, en la misma zona del país del norte se producen el 64% de los porcinos norteamericanos que, como vimos antes, fueron el otro de los rubros que -junto al maíz y la soja- explicaban el incremento del valor agrario. En efecto, la producción de porcinos en esta zona aumentó un 21% entre 2002 y 2012, aunque sintomáticamente, la cantidad de granjas que desarrolla esta actividad bajó un 33% en el mismo período¹¹.

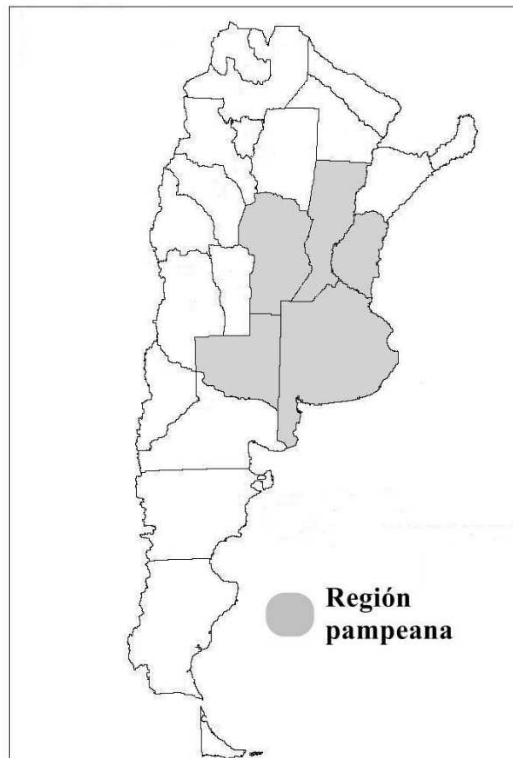
Dentro del *Corn Belt*, el estado de Iowa es el principal productor de estos tres bienes-núcleo del agro norteamericano: maíz, soja y cerdos. En efecto, sólo Iowa aporta el 30% de todos los porcinos comercializados del país, y concentra casi la mitad de los del *Corn Belt* (47%), registrando además un salto de casi el 40% en su producción entre 2002 y 2012¹². En relación a la agricultura, en las praderas de este estado crece el 17% de todo el maíz cosechado en la nación del norte y casi el 30% del que se levanta en la zona maicera, registrando entre 2002 y 2012 un aumento de casi el 60% en la cosecha del

¹⁰ En 2012 Estados Unidos cosechó 82.561.000 tn de soja, siguiéndolo de cerca Brasil con 82.000.000 tn, mientras que nuestro país mantuvo su tercer lugar con 49.300.000 tn. Fuente: Servicio Integrado de Información Agropecuaria (SIIA), ex Ministerio de Agricultura, ganadería Pesca y Alimentación de la Nación; USDA, Census of Agriculture 2012

¹¹ Fuente: USDA, Census of Agriculture 2002 y 2012

cereal para forrajes, y de un 16% para el comercializado como grano. A la vez, Iowa acapara el 22% de la soja de la región y el 15% de la nacional, siendo el estado más sojero de los Estados Unidos a pesar de haber disminuido un 16% su producción en el mismo período. Por último, además de concentrar la producción de esos tres bienes que explican el crecimiento agropecuario estadounidense, Iowa es el estado que más vacunos comercializó en 2012 en todo el Cinturón Maicero -apenas debajo del vecino Missouri en lo que hace a los stocks- y uno de los tres en que más aumentó sus rodeos (+10%)¹³.

Mapa N° 2. Provincias de la Región Pampeana argentina



Del lado argentino, estas mismas producciones se encuentran concentradas básicamente en la región pampeana, que al igual que el *Corn Belt* puede asimilarse a una suerte de semicírculo, en este caso desplegado en un radio de 700 km alrededor de la desembocadura del río Paraná en el de la Plata. Sus

¹² *Ídem.*

¹³ *Ídem.*



llanuras abarcan prácticamente toda la provincia de Buenos Aires y buena parte de la de Córdoba, Santa Fe, Entre Ríos y La Pampa¹⁴.

Se trata de un espacio geográfico de prácticamente 70 millones de hectáreas, que siendo la mitad que el *Corn Belt*, abarca una mayor proporción de la superficie de su país (25%) y que concentraba en la temporada 2010/11 el 85% de todo el trigo, el maíz y la soja cosechados en Argentina: 75,4 millones de toneladas de los 88,5 millones totales, los cuales a su vez representaron un incremento del 46% en relación a 2001¹⁵.

En relación a los porcinos, las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba acaparan en sus respectivas áreas maiceras el 70% de la producción nacional, que en total no pasa de 4.745.471 de animales: si bien se trata de un rubro en franco crecimiento –entre 2002 y 2014 aumentó un 124% su stock¹⁶–, sus buenos resultados empalidecen comparados con los 66.026.785 porcinos de EE.UU.¹⁷, constituyéndose en una de las diferencias más importantes en los perfiles sociales y productivos de ambas regiones. Por otra parte, la zona pampeana concentra el 68% de los 50 millones de vacunos de la Argentina –aunque perdiendo peso relativo en relación al 74% que ocupaba en 2002–, y dentro de ella, Buenos Aires explica por sí sola el 45% de las cabezas de la zona (Capdevielle, 2016; Rearte, 2010). En la misma región se concentra el 96% de la producción de pollos del país –Entre Ríos y Buenos Aires se reparten en partes similares el 88% de las granjas especializadas en aves y el 87% de los establecimientos faenadores– que pasó de 700 a 1600 toneladas anuales entre 2003 y 2010, es decir un aumento del 128% (Castillo, 2012). Por último, además de granos de exportación y carnes, en las pampas se encuentra el 96% de los tambos lecheros de la Argentina¹⁸; y también tienen asiento los cinturones hortícolas más importantes del país, que sobre todo en la provincia de Buenos Aires, alrededor del conglomerado urbano que rodea la capital del país y también en otras ciudades, abastecen casi la totalidad de hortalizas frescas a la población de la región. Así, la importancia económica de Buenos Aires en relación a las producciones agropecuarias que distinguen a la región, hace que la tomemos como muestra del mismo modo que seleccionamos a Iowa dentro del *Corn Belt*. Las semejanzas productivas entre el Cinturón Maicero y las Pampas, o entre Iowa o Buenos Aires, refuerzan precisamente las diferencias socio-económicas entre estas dos regiones del mundo, y

¹⁴ En rigor, más allá de las fronteras nacionales, las pampas comprenden también casi todo el país vecino de Uruguay y una parte del extremo sur del Brasil, como territorio construido económicamente en base a la ganadería vacuna extensiva y más tardíamente a la agricultura de secano.

¹⁵ Fuente: Datos Abiertos de Agroindustria. Ministerio de Agroindustria. Disponible en: <https://datos.magyp.gob.ar/reportes.php?reporte=Estimaciones> (consultado por última vez el 21 de junio de 2017)

¹⁶ Fuente: INDEC. Censo Nacional Agropecuario, 2002; SENASA. Informe Porcino, 2014.

¹⁷ Fuente: USDA, Census of Agriculture 2012



exhiben el abanico de situaciones diversas que puede generar el desarrollo del capitalismo en el ámbito rural, dependiendo de su historia y la formación social más amplia de la que forma parte. Por empezar, ya en 2002 había en Iowa más granjas (90.655) que trabajadores asalariados (82.991). Y diez años después, según la misma fuente, si bien habían desaparecido 2.018 establecimientos, también dejaron el campo 3.153 obreros. De modo que la diferencia a favor de las *farms* aumentó de 7.664 a 8.799 sobre los asalariados¹⁹. Aunque no se trata de un cambio cuantitativo sustancial, marca el sentido cualitativo de la tendencia y el carácter más general de esta estructura demográfico-ocupacional²⁰. Esto significa que, si en el conjunto de Estados Unidos había 1,3 trabajadores por establecimiento en 2012, en Iowa esa relación era directamente negativa: 0,91 obreros por granja. En Buenos Aires, en cambio, entre 2001 y 2010, esta relación pasó de 5,8 asalariados por cada propietario a 6: otro cambio cuantitativo leve, pero que cualitativamente habla de otra pauta ocupacional, totalmente inversa a la verificada en el *Corn Belt*. Además, mientras Iowa achata aún más la estructura ocupacional entre propietarios y no propietarios que verificábamos más en general en los Estados Unidos (1,4 obreros por explotación), Buenos Aires acompaña –y en gran medida explica– la polarización más general que comentábamos para el conjunto de la Argentina (relación 6 a 1 entre obreros y propietarios)²¹.

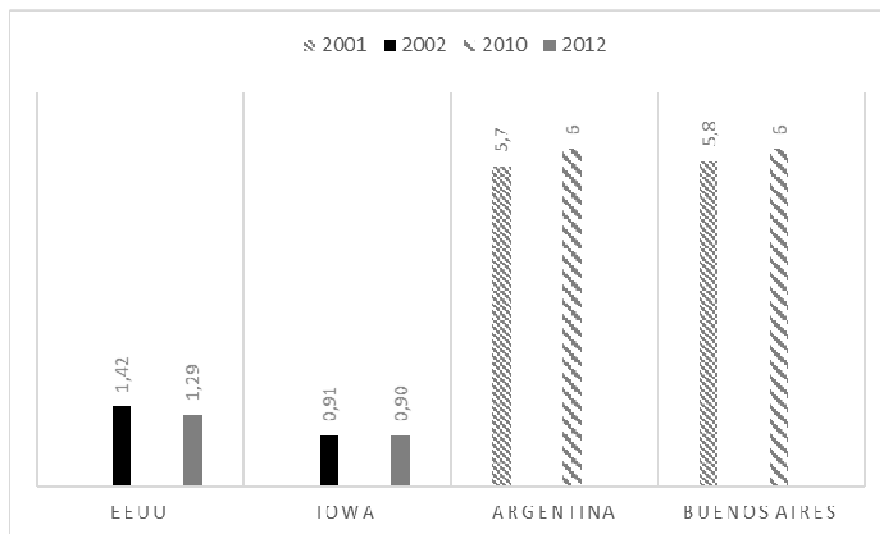
¹⁸ Fuente: Observatorio de la Cadena Láctea Argentina (OCLA). Disponible en: <http://ocla.org.ar/contents/newschart/portfolio/?categoryid=12> (consultado por última vez el 21 de junio de 2017)

¹⁹ En 2012 se contabilizaron 88.637 granjas versus 79.838 obreros. Fuente: USDA, Census of Agriculture 2002 y 2012

²⁰ Esta tendencia a la expulsión de trabajadores del Iowa rural es confirmada por los censos de población de EE.UU. de 2000 y 2010, aunque no registraron mejor que los censos agropecuarios la cantidad de obreros rurales que trabajaban en Iowa. Así, el censo de población del año 2000 contabilizó 65.903 asalariados en el campo: 17.088 menos que los anotados por el censo agropecuario de 2002, sin que medien transformaciones productivas o económicas que justifiquen un movimiento *real* semejante. Evidentemente, se trató de un caso de subregistro. En 2010, la misma herramienta estadística contabilizó 62.943 asalariados en el área agropecuaria: 2.960 menos que una década antes, y un descenso ahora sí coincidente con la del censo agropecuario, a pesar de que en 2012 el mismo registrara casi 20.000 obreros más que el de población. Es decir, entre 2000/2002 y 2010/2012, el censo agropecuario y el de población coinciden en la cantidad de mano de obra asalariada *expulsada*, pero no en su proporción relativa a la cantidad global de ocupados en el sector. Es por este motivo que, habiendo chequeado ambas fuentes, nos inclinamos por utilizar como base las del censo agropecuario. Fuente: United States Census Bureau (USCB), 2000 y 2010; USDA, Census of Agriculture 2002 y 2012

²¹ Existe una diferencia cualitativa entre una “explotación” y un “patrón”, derivada del tipo de herramienta estadística en que nos basamos para analizar cada país: censos agropecuarios en EE.UU. y censos de población en Argentina. El primero censa firmas, y el segundo, personas. Aunque a la hora de contabilizar obreros, el censo agropecuario estadounidense sí registra individuos. Todo esto podría cambiar los resultados de la ecuación, ya que un mismo patrón puede poseer varias explotaciones, y una explotación puede estar a cargo de más de un patrón o propietario. A la vez, los censos de población estadounidenses –que en principio podrían compatibilizarse con los argentinos en sus categorías–, tienden a subregistrar fuertemente a la mano de obra asalariada rural, como comentamos antes. De modo que la imagen ofrecida por los datos disponibles y seleccionados es aproximativa. Según el Censo Nacional Agropecuario argentino de 2002, el panorama no era demasiado diferente en la región pampeana. Ese año se registraron aquí 134.112 explotaciones, y se habrían empleado 116.436 obreros rurales (es de destacar que la suma de las explotaciones de toda la pampa húmeda argentina, con 5 provincias y 70 millones de hectáreas, sólo exceden en 14.106 las 90.655 granjas del estado de Iowa en solitario, con sólo 14,5 millones de hectáreas). Esto implica que también habría más firmas que asalariados, como en el medio oeste estadounidense, con una diferencia de casi 17.667 a favor de las primeras. El problema es que el Censo Agropecuario argentino subregistra ostensiblemente a los asalariados rurales: en el año 2001, el Censo de Población y Vivienda cuantificó en la zona pampeana 108.682 obreros más que los contabilizados por el agropecuario (eran 225.117), doblando prácticamente la percepción de los trabajadores agrarios de esa condición, y cambiando sustancialmente las proporciones

Gráfico N°1. Trabajadores asalariados por granja (EEUU y Iowa) o patrón (Argentina y Buenos Aires), 2001 a 2012



Fuente: elaboración propia en base a USDA, Census of Agriculture 2002 y 2012; INDEC, Censos de Población y Vivienda, 2001 y 2010

Para 2012, sólo el 31,5% de las granjas de Iowa empleaba trabajadores asalariados. Las *farms* más pequeñas –por debajo de los u\$s 25.000 anuales de facturación- generaban sólo el 0,004% de las ventas, pero constituían un 24% de las firmas. Es decir, una proporción muy importante en términos demográficos que hace a esta relación tan pareja entre obreros y granjas. Como muestra el cuadro 4 más abajo, en ellas se registran las tasas más bajas de empleo: si contratan asalariados, lo hacen en cantidades muy exiguas. A pesar de lo cual, ello no tiene como contracara algo así como el trabajo familiar en sentido estricto, es decir, con la familia como verdadero equipo de trabajo (Gladwin, 1989; Balsa y López Castro, 2011). Sólo el 30% de todas las granjas del estado posee una organización social de ese tipo –expresada en la categoría de “trabajadores no remunerados”- y no más que el 7,1% entre las más pequeñas (cuadro 5).

entre las distintas categorías sociales ocupadas en el agro. A su vez, además de distinguir entre asalariados y no asalariados, el Censo de Población permite discriminar, entre estos últimos, a los empleadores de los no empleadores, lo cual aumenta la proporción relativa de los asalariados respecto a los familiares en el campo de los trabajadores.



Cuadro N° 4. Trabajo asalariado por estrato de facturación, Iowa, 2012

Estrato de facturación	Granjas	Granjas con trabajo asalariado	% sobre total	% sobre estrato	Proporción entre las que emplean asalariados (%)	Proporción de gastos en trabajo asalariado de Iowa (%)
\$1000.000 o mas	6.919	5.321	6	76,9	19,1	64,7
\$500.000 a \$999.999	9.637	5.728	6	59,4	20,5	18,2
\$250.000 a \$499.999	9.769	4.302	5	44	15,4	7,3
\$100.000 a \$249.999	10.036	3.229	4	32,2	11,6	4,1
\$50.000 a \$99.999	7.470	1.880	2	25,2	6,7	1,8
\$25.000 a \$49.999	5.775	1.232	1	21,3	4,4	0,7
\$10.000 a \$24.999	6.041	1.145	1	19	4,1	0,6
\$5.000 a \$9.999	4.328	683	1	15,8	2,4	0,4
\$2.500 a \$4.999	3.613	517	1	14,3	1,9	0,2
\$1.000 a \$2.499	3.206	457	1	14,3	1,6	0,3
Menos de \$1.000	21.843	3.412	4	15,6	12,2	1,6
Todas las granjas	88.637	27.906	31	31,5	100	100

Fuente: elaboración propia en base a USDA, Census of Agriculture 2012

Cuadro N° 5. Trabajo no remunerado por escala de facturación, Iowa, 2012



Estrato de facturación	Granjas con trabajo no remunerado	%	Trabajadores no remunerados	%	Promedio trabajadores no remunerados
\$1.000.000 o mas	1.920	2,2	3.889	6,7	2,03
\$500.000 a \$999.999	2.924	3,3	5.734	9,8	1,96
\$250.000 a \$499.999	2.908	3,3	6.219	11	2,14
\$100.000 a \$249.999	2.848	3,2	6.121	11	2,15
\$50.000 a \$99.999	2.213	2,5	5.023	8,6	2,27
\$25.000 a \$49.999	1.735	2	3.895	6,7	2,24
\$10.000 a \$24.999	1.863	2,1	4.522	7,7	2,43
\$5.000 a \$9.999	1.454	1,6	3.548	6,1	2,44
\$2.500 a \$4.999	1.256	1,4	3.031	5,2	2,41
\$1.000 a \$2.499	1.139	1,3	2.797	4,8	2,46
Menos de \$1.000	6.295	7,1	13.634	23	2,17
Totales	26.555	30	58.413	100	2,2

Fuente: elaboración propia en base a USDA, Census of Agriculture 2012

Lo que emerge en el medio oeste norteamericano entre la mano de obra familiar clásica y la asalariada -y más allá de toda la escala de grises y combinaciones posibles entre una y otra-, es una importante proporción de *farms* que se basa sólo en el trabajo individual de sus propietarios. Es decir, las “one-man-farm” previstas por Bailey (1973), como la modalidad más común del trabajo por cuenta propia. Esto tiene que ver con su reducida escala, a la vez económica y de superficie, abarcable tanto por los grupos hogareños como por individuos. Pero también tiene que ver, básicamente, con su perfil casi *absolutamente agrícola* (la mitad del maíz de Iowa lo producen granjas de menos de 500 hectáreas), que combinado con un proceso de trabajo completamente mecanizado y en predios tan pequeños como en los que operan, ofrece la posibilidad de trabajar muy pocas horas al año. En definitiva, la agricultura mecanizada en pequeñas escalas como las de esas granjas permite que un simple individuo, sin siquiera la cooperación de los miembros del hogar, realice todas las tareas necesarias para el desarrollo de los cultivos, sin necesidad de trabajar más que algunos días o semanas anuales.

Cuadro N°6. Contratismo de servicios por estrato de facturación, Iowa, 2012

Estrato de facturación	Granjas con contratismo s/ total	Granjas con contratismo en estrato	Granjas con contratismo s/ las que contratan	Gastos en contratismo sobre total de Iowa
\$1.000.000 o mas	5,1	64,9	13,8	43,6
\$500.000 a \$999.999	5,5	50,2	14,9	20,6
\$250.000 a \$499.999	5,4	49,3	14,8	14,6
\$100.000 a \$249.999	5,6	49,4	15,3	10,5
\$50.000 a \$99.999	3,9	46,7	10,7	4,7
\$25.000 a \$49.999	2,8	43,1	7,7	2,1
\$10.000 a \$24.999	2,4	35,1	6,5	1,2
\$5.000 a \$9.999	1,3	27,3	3,6	0,4
\$2.500 a \$4.999	0,8	19,8	2,2	0,2
\$1.000 a \$2.499	0,6	17,7	1,7	0,1
Menos de \$1.000	3,2	12,9	8,7	1,9
Todas las granjas	36,6			100

Fuente: elaboración propia en base a *Census of Agriculture 2012*, Departamento de Agricultura de los Estados Unidos.

El contratismo de servicios, tal y como lo conocemos en Argentina, podría explicar este amplio espacio estadístico entre la mano de obra familiar y el trabajo asalariado. En efecto, como muestra el cuadro 6, en Iowa son más las granjas que demandan el concurso de contratistas (36,6%) que las que emplean asalariados (31,5%). Aunque en rigor, no se trata de modalidades de trabajo excluyentes. De hecho, las granjas que menos convocan contratistas son precisamente las más pequeñas, que tampoco contratan obreros (salvo el estrato de menos facturación de todos, en donde aumenta la apelación a prestadores de servicios); mientras que las firmas más grandes, son las que más recurren a la vez a los asalariados y a los contratistas: entre las de mayor facturación, el 85% de las que contrata a los primeros también demanda a estos últimos. El hecho es que las unidades pequeñas y medianas que no emplean asalariados ni contratistas no pueden ser identificadas mecánicamente con la mano de obra familiar clásica, sino con el trabajo por cuenta propia de individuos, lo cual –de nuevo- es una posibilidad abierta por las pequeñas escalas de tierra, su uso casi exclusivamente agrícola, y el proceso de trabajo totalmente mecanizado.

Decíamos que en Iowa sólo el 30% de las *farms* emplea obreros. Pero si se enfoca la cuestión desde el punto de vista económico las conclusiones pueden ser otras. Sucede que, entre las firmas de mayor tamaño económico, el 76,9% de las explotaciones sí emplea mano de obra asalariada (ver cuadro 4 arriba). Del mismo modo lo hace casi el 60% de las granjas del estrato que le sigue en facturación anual. Y esas dos categorías superiores –de entre 500.000 y más de 1 millón de dólares anuales en



ventas- componen por sí solas el 40% de las granjas que demandan fuerza de trabajo asalariada. Asimismo, la proporción de los gastos en trabajo asalariado que acaparan las granjas más grandes entre todas las que emplean obreros es aplastante: sólo el estrato superior explica el 64,7% del dinero invertido en salarios rurales de todo Iowa, mientras junto al estrato inmediatamente inferior abarcan el 82,9% de todos los fondos desembolsados en mano de obra. Esta cúpula de firmas comporta un 18,6% de los establecimientos, que captó nada menos que el 80% de todo el dinero facturado por el sector. Como contracara, eso significa que los asalariados que ellas emplean -a pesar de ser una minoría en términos sociales- constituyen la principal fuerza económica de las praderas del estado.

La demanda de empleo de parte de estas firmas de mayor envergadura no se explica sólo por su gran escala, sino también por su perfil productivo: entre ellas son los cerdos -y no los granos- los que encabezan su facturación con el 34% de las ventas, mientras el maíz los sigue con el 27%, la ganadería vacuna con el 17%, la soja bien atrás con el 10%, y la producción aviar con el 7%²². Esto explica por qué la proporción de gastos en fuerza de trabajo entre estas grandes empresas -64,7% del estado- no se refleja del mismo modo en la proporción de asalariados que contratan, que no pasa del 32,4% de todos los obreros rurales de Iowa²³. Lo que sucede, básicamente, es que estas unidades mayores emplean a los obreros por más tiempo. Eventualmente por el doble de tiempo que la media de las granjas. Lo cual, naturalmente, duplica también los *gastos* en trabajo asalariado en este estrato superior sin aumentar en la misma medida la cantidad de empleados²⁴. En efecto, los dos estratos superiores de facturación explican el 73% de todo el trabajo rural permanente en el área.

Eso no quiere decir que no empleen también trabajadores temporarios. De hecho, emplean el 40% de los operarios estacionales, siendo por lo tanto los principales demandantes de trabajo temporario también. Lo que sucede es que las firmas más grandes emplean más trabajadores permanentes que transitorios: a la inversa que todo el resto de las categorías inferiores de granjas, y al contrario del perfil global del estado de Iowa. Esto tiene que ver con la naturaleza de las tareas que demandan las explotaciones de mayor envergadura económica que, de nuevo, no se reducen al cultivo agrícola del suelo, sino que requieren el cuidado mucho más regular de animales -sean cerdos, vacunos o pollos- en su mayoría criados en regímenes de confinamiento.

²² Fuente: USDA, Census of Agriculture 2012

²³ *Ídem.*

²⁴ Otro elemento a tener en cuenta es la mayor presencia de trabajo asalariado “de cuello blanco” en las firmas de más envergadura, dedicado tanto a las tareas de seguimiento técnico como a las legales, contables, comerciales y de *management* en general. La presencia de ese tipo de salarios más altos, tiende a elevar los desembolsos por este concepto en estas empresas. Sin embargo, la cantidad relativamente menor de trabajadores de “cuello blanco” respecto a los de “cuello azul” (obreros manuales) a esta escala de operaciones, compensa el promedio y torna menos relevante este factor a los fines explicativos.



Así, contra lo que sugieren el paisaje agrícola del estado, donde el 90% de las farms cultiva el suelo y el 85% de la superficie del estado está dedicado a la agricultura²⁵; y a contramano del mito agrario norteamericano que tiene a un *farmer-agricola* de protagonista, la economía del Iowa contemporáneo rueda en buena medida empujada por la ganadería; y menos gracias a los esfuerzos de los numerosos granjeros que a una clase obrera pequeña pero productiva, empleada por la cúpula empresarial que domina el negocio.

En Buenos Aires, desentrañar la importancia relativa de los asalariados es menos complejo, porque además de concentrar un rol económico clave, son la *mayoría social* entre los ocupados en el sector agropecuario. En efecto, a pesar de que miles de ellos abandonaron el campo por la mecanización de la agricultura y la industrialización de las ciudades entre las décadas de 1940 y 1960, desde el censo de población de 1970 nunca fueron menos de la mitad de la población ocupada en el ámbito rural²⁶. Además, si bien entre los años '70s y '90s descendió su número absoluto, el de la mano de obra familiar lo hizo en mayor medida, incrementando al importancia social y productiva de los asalariados (Villulla, 2010). La particularidad de la primera década del siglo XXI respecto a toda la segunda mitad del XX, es que la ocupación agropecuaria creció un 28% en la provincia de Buenos Aires, casi como en el conjunto de la Argentina (ver cuadro 7). Es más, esta vez la categoría social de los patrones creció aún más que la de los asalariados. No obstante lo cual, los obreros ganaron mayor relevancia demográfica sobre la base del retraimiento de los “trabajadores por cuenta propia”, así como por el efecto estadístico creado por la desestimación de la categoría de “trabajadores familiares no remunerados” en el censo de 2010.

Cuadro 7. Población total ocupada en el sector agropecuario por categoría ocupacional, provincia de Buenos Aires, 2001-2010

	2001		2010		Diferencia	Variación
Obrero/empleado sector privado	94.871	58	126.182	60	31.311	33,0
Patrón	22.141	13	31.037	15	8.896	40,2
Trabajador por cuenta propia	36.099	22	43.127	20	7.028	19,5
Trabajador familiar con sueldo	3.526	2	0	0	-3.526	-100,0
Trabajador familiar sin sueldo	8.308	5	10.857	5	2.549	30,7
Total	164.945	100	211.203	100	46.258	28,0

Fuente: elaboración propia en base a INDEC, Censos de Población, Vivienda y Hogares, 2001 y 2010

²⁵ Fuente: USDA, Census of Agriculture 2012

²⁶ Fuente: INDEC. Censos de Población y Vivienda, 1970, 1980, 2001 y 2010.



Si excluimos a la categoría de los patrones como parte del trabajo manual, es decir, como parte de la mano de obra propiamente dicha de la producción agropecuaria, la importancia relativa de los obreros asalariados se amplía aún más, hasta llegar al 70% de las personas que se definieron como trabajadoras (cuadro 8). No obstante las definiciones binarias de la herramienta estadística, es probable que una parte de quienes fueron rotulados como patrones participen de todos modos en el trabajo y a la vez empleen determinada cantidad de asalariados, amortiguando la diferencia.

Cuadro 8. Mano de obra ocupada en el sector agropecuario por categoría ocupacional, provincia de Buenos Aires, 2001-2010

	2001		2010		Diferencia	Variación
Obrero/empleo sector privado	94.871	66	126.182	70	31.311	33,0
Trabajador por cuenta propia	36.099	25	43.127	24	7.028	19,5
Trabajador familiar con sueldo	3.526	2		0	-3.526	-100,0
Trabajador familiar sin sueldo	8.308	6	10.857	6	2.549	30,7
Total	142.804	100	180.166	100	37.362	26,2

Fuente: elaboración propia en base a INDEC, Censos de Población, Vivienda y Hogares, 2001 y 2010

Los datos publicados por los censos agropecuarios en Argentina no permiten asociar distintas proporciones de mano de obra asalariada en relación a determinada escala de capital o a cierta producción en particular, como en Estados Unidos. Mucho peor cuando, de nuevo, no contamos con un censo agropecuario reciente como para reconstruir históricamente estas tendencias. De todos modos, existen numerosas investigaciones e información fragmentaria que, bien rearmadas, ofrecen algunas imágenes coherentes sobre la relación entre la organización social del trabajo y la acumulación de capital en la zona pampeana, particularmente en la agricultura.

De acuerdo a datos de la ONCCA, para 2008, un 10% de explotaciones de más de 1.000 hectáreas controlaba la comercialización del 80% de la soja argentina y el cultivo de no menos de 3 millones de hectáreas en el país (Barsky y Dávila, 2008). Dado el peso de la zona pampeana en la producción de la oleaginosa, y la importancia de Buenos Aires en la región, es difícil que estas proporciones no se reproduzcan –con sus más o sus menos– en esta provincia. A la vez, si bien las cifras refieren sólo a la soja, se trata de un cultivo cuyo proceso de trabajo no difiere sustancialmente del operado para producir maíz o el trigo, según convenga en la coyuntura económica. Reconstruir el modo de organización del trabajo de estas empresas sojeras equivale, entonces, a bocetar el mapa del capital y del trabajo que explica no menos de dos tercios de la producción agrícola. Al respecto, un estudio de Lódola y Brigo (2013: 229) indica que estas firmas se integran bajo la forma de “pools”, fideicomisos



o asociaciones con bancos e industrias; que se inclinan por la agricultura respecto a otras producciones rurales en sus planteos; y respecto a la organización del trabajo, que absorberían el 80% de la demanda de servicios de contratistas. Es decir, se basan en distintas modalidades de tercerización o intermediación laboral a través de las cuales se desentienden de la contratación directa de obreros (Villulla, 2016).

Al contrario que en el medio-oeste norteamericano, en la Pampa la demanda de contratistas está generalizada y también abarca a pequeños o medianos productores agrícolas descapitalizados, que a través de la toma de servicios de maquinaria acceden al uso de bienes de capital sin necesidad de adquirirlos (Muzlera, 2013). También incluye a los propios contratistas, cuyo 52% se estima también opera sobre tierras propias o arrendadas, y en ese carácter frecuentemente prestan algunos servicios y demandan otros, configurando situaciones mixtas que escapan a esquemas simples²⁷. De todos modos, no hay datos sistematizados que expongan el peso de este sistema de trabajo en la superficie o la producción agrícola pampeana o bonaerense. Según el último censo agropecuario completo de la Argentina, en 2002 el 60% de la superficie cultivada -en promedio- era cosechada a través de alguna forma de contratismo de maquinaria²⁸. Proporciones similares se verificaban en Pergamino, epicentro maicero-sojero de Argentina, donde más del 60% de la superficie y más de la mitad de los productores pagaba una tarifa a un contratista en vez de adquirir sus propias máquinas y realizar las tareas agrícolas por su cuenta (Azcu y Ameghino, 2009). En términos de producción, hacia 2008 otras fuentes parciales indicaban que hasta un 80% de las cosechas de granos ya era organizado por contratistas, del mismo modo que el 65% de las tareas de siembra y aplicación de agroquímicos²⁹. Pero los últimos datos de una encuesta oficial indicaban que para la temporada 2010/11 sólo un tercio de la superficie de Buenos Aires era trabajado exclusivamente por contratistas³⁰. Ello no obsta para que en ese tercio de superficie se alojen el 60% de los productores o las proporciones decisivas de la producción, pero siendo eso improbable, la estadística llega a matizar el consenso que existía respecto a la generalización del contratismo.

Según la misma encuesta, los trabajadores asalariados fueron el principal componente de la mano de obra de estos prestadores de servicios en Buenos Aires, llegando a abarcar el 69% en el año 2006, y retrayéndose levemente hacia la temporada 2012/13³¹. Lo mismo indica -pero fuera del período que estudiamos- una encuesta realizada por el sociólogo José Muzlera sobre 302 casos, de la que se

²⁷ Fuente: Encuesta Provincial de Prestadores de Servicios de la Provincia de Buenos Aires, 2005

²⁸ Fuente: INDEC. Censo Nacional Agropecuario, 2002

²⁹ Fuente: Federación Argentina de Contratistas de Maquinaria Agrícola (FACMA), *Anuario*. Casilda, 2008

³⁰ Fuente: Encuesta Provincial de Prestadores de Servicios de la Provincia de Buenos Aires, 2013

³¹ *Ídem*



desprende que el 80% de los contratistas emplea trabajadores estacionales (poco o mal captados por la citada estadística bonaerense) y el 62% obreros permanentes; que el 62% de estos actores no compromete a sus familiares en sus empresas; que también predomina el trabajo estacional sobre el permanente; y que, finalmente, predomina el trabajo asalariado (60%) sobre el familiar (40%), a pesar de computar como “familiar” a propietarios y a operarios de su parentela, a sabiendas de que no todos ellos participan manualmente del proceso de producción, y que aun así no se trata necesariamente de mano de obra “familiar” sino cuentapropista, como analizábamos para el caso de los *farmers*.

Más allá del contratismo, si los obreros de la agricultura extensiva eran alrededor de 60.000 en toda la zona pampeana para 2010 (Villulla y Hadida, 2012), ello quiere decir que para la misma época había otros 230.000 empleados en las demás actividades³². Es decir, la agricultura no es el rubro que más obreros convoca (20%), pero a la vez está plenamente dominada por el trabajo obrero (entre 60% y 70%), o lo que es lo mismo, por las grandes empresas, que son mucho más agrícolas y menos ganaderas que las de Iowa. De modo que la actividad que, gracias a las pequeñas escalas y a la mecanización, parece ser la reserva social de la vida *farmer* en el *Corn Belt* –familiar o cuentapropista–, en las Pampas está desarrollada por una mayoría social de asalariados y por su contraparte plenamente capitalista. El resto de las actividades, de mayor demanda de tiempo de trabajo y presencia en los predios, como tambos o comederos de pollos, cerdos y vacas, se presume que también están dominadas por el capital, es decir, desarrolladas por el trabajo asalariado: tanto por las mayores inversiones en instalaciones fijas, como por la demanda de tiempo, cantidad de personal y presencia en los predios.

Aunque desdibujado por el contratismo, este predominio económico y social de los obreros agrícolas no es una sorpresa en el caso de la organización del trabajo en las empresas más capitalistas de la agricultura. Pero ofrece un mensaje indirecto muy sugestivo sobre el devenir de la agricultura familiar en las Pampas: la descomposición de su forma clásica no se daría tanto por “sobrecapitalización” y auto-reemplazo por un trabajador individual cuentapropista, como en EE.UU.; sino por “descapitalización” (incapacidad o inconveniencia de adquirir y/o amortizar maquinarias e instalaciones) y por la delegación del trabajo manual a terceros que, intermediación mediante, son obreros asalariados. En una palabra, en la Pampa los clásicos agricultores familiares sufren un proceso de *aburguesamiento por descapitalización*, mientras que en el *Corn Belt* ocurre lo contrario: resisten el aburguesamiento pleno a través de la *sobrecapitalización*, transformándose si bien ya no en tradicionales *farmers* familiares, al menos en granjeros por cuenta propia que realizan el trabajo

³² Fuente: INDEC. Censo de Población, Vivienda y Hogares, 2010. El censo en cuestión contabilizó 293.494



manual. Nada de lo cual impide que la llave económica del *mid-west* norteamericano esté dominada también por obreros asalariados y empresas capitalistas diversificadas.

Reflexiones finales

En primer lugar, la evolución general del trabajo y el capitalismo agrario en Estados Unidos y Argentina exhibe escenarios muy distintos creados por la lógica del capital en el marco de formaciones sociales distintas, y a la vez, matiza algunas conceptualizaciones comunes sobre el desarrollo “de punta” que tendría el agro nacional a principios del siglo XXI. Lo que salta a la vista es que en Estados Unidos la reducción del personal empleado, el aumento de los costos mínimos, la concentración económica y hasta la reducción de la superficie en producción, hablan de un incremento en la intensidad de la explotación del trabajo a partir de un aumento de las inversiones por hectárea. Es decir, un *crecimiento por intensificación* del capital. En Argentina, si bien cabría un análisis por regiones y también existen procesos de intensificación en numerosas actividades, la producción crece sobre la base de ocupar más superficie y emplear más obreros. Es decir, un crecimiento más *extensivo*. Y esto particularmente en la agricultura, que en los últimos años se ha exhibido como estandarte de la modernización del agro. Además, se trataría de un desarrollo cuya apropiación en términos demográficos sería más desigual que en los Estados Unidos, donde la razón entre propietarios y no propietarios es más pareja que en la Argentina.

Por otro lado, aquí en el sur se despliegan muchas de las producciones que hacen de soporte a la mayor parte de la generación de valor agrario en el norte, como maíz, soja, vacunos, leche o pollos. No obstante, el crecimiento del capitalismo agrario argentino, siendo bastante diversificado en general, es bastante más unilateral que el norteamericano. Es decir, se basa en una canasta de bienes más restringida, recostada sobre todo en cereales y oleaginosas para exportación, mientras que las cantidades absolutas y relativas de los otros rubros –por unidad de superficie- son menores que en EE.UU.

Las muestras territoriales del *Corn Belt* y las Pampas –Iowa y Buenos Aires, respectivamente-, donde se concentran los principales productos agrarios de ambos países, exhiben a la vez diferentes perfiles socio-económicos. Lo cual habla, nuevamente, de que el desarrollo del capitalismo agrario no sólo no produce necesariamente el mismo tipo de sujetos o relaciones sociales en todos los países, sino que tampoco crea un mismo tipo de estructura económica, más allá de que en todos los casos –y desde distintos puntos de partida- tienda a la polarización social. Concretamente, en Iowa los obreros asalariados comparten con sus “pares” argentinos un lugar privilegiado como principal potencia



creadora de riquezas, ya que se trata de la fuerza de trabajo principal de las explotaciones y/o los capitales que en ambos extremos de América concentran las proporciones fundamentales de la producción, es decir, del valor agrario. En las Pampas, esa importancia económica se encuentra en línea con una relevancia social fácilmente identificable, ya que se trata de la mayoría demográfica entre la población ocupada en el sector agropecuario. En el *Corn Belt*, en cambio, los obreros asalariados que producen la mayor parte de las riquezas son una minoría en términos sociales, reservando al trabajo por cuenta propia de los granjeros un lugar mayoritario. La agricultura mecanizada en pequeña escala –es decir, más intensiva– es el fenómeno que, facilidades macroeconómicas mediante, permite traducir la acumulación de capital de las *farms* estadounidenses en una mayor reinversión en maquinaria subutilizada, siempre renovada y nunca suficientemente amortizada. Las dificultades para el acceso a la maquinaria y la acumulación de capital en general para la pequeña y mediana chacra argentina, sumada a la reticencia inversora de los grandes capitales en instalaciones fijas o equipos, crea un escenario diferente en la Pampas: una agricultura socialmente polarizada, cuya organización del trabajo tiene eje en asalariados tercerizados por contratistas, y donde la propiedad y renovación frecuente de la maquinaria son la excepción, tanto en firmas grandes como en pequeñas empresas familiares. Así, mientras en Buenos Aires los clásicos agricultores familiares operan un proceso de *aburguesamiento por descapitalización relativa*, en Iowa los *farmers* resisten el aburguesamiento pleno –de sí y de su estructura social– a través de la *sobrecapitalización relativa*.

Referencias bibliográficas

Aranda, Darío (2015). *Tierra arrasada*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

Azcuy Ameghino, Eduardo (1997). “Buenos Aires, Iowa, y el desarrollo agropecuario en las pampas y praderas.” Buenos Aires, *Cuadernos del PIEA N° 3*

Azcuy Ameghino, Eduardo (2010). “Estructura de las explotaciones agropecuarias y niveles de producción agrícola: los casos de Iowa y Pergamino, 1987-1988”. En: Villulla, Juan Manuel; Fernández, Diego (compiladores). *Sobre la tierra*. Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, pp.27-56

Bailey, Warren (1973). *The one-man farm*. Washington DC, Economic Research Service, USDA



- Balsa, Javier (2003). “La concentración de la agricultura entre 1937 y 1988: el *corn belt* y la pampa maicera argentina.” *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, tercera serie N° 25, pp. 121-156
- Balsa, Javier (2009) “Agro, capitalismo y explotaciones familiares: algunas reflexiones a partir de los casos del midwest norteamericano y la pampa argentina”. En: Cerdá y Guirérrez (compiladores). *Trabajo agrícola. Experiencias y resignificación de las identidades en el campo argentino*. Buenos Aires, CICCUS
- Barsky, Osvaldo y Mabel Dávila (2008), *La rebelión del campo. Historia del conflicto agrario argentino*. Buenos Aires, Sudamericana
- Capdevielle, Bruno (2016). “La ganadería en tiempos agrícolas: estancamiento, competencias por el uso de la tierra y cambios productivos”. En: *Documentos de Trabajo del CIEA N° 11*
- Castillo, Pedro (2012). “El complejo avícola argentino: situación en el 2010 y perspectivas futuras”. En: AA.VV. *Estudios Agrarios y Agroindustriales*. Buenos Aires, Imago Mundi.
- Gladwin, Christina (1989) “The case for the disappearing mid-size farms in the U.S.”. En: Gladwin, C. y Truman, K. *Food and farm*. Lanham, University Press of America
- Fernández, Diego; Krysa, Ariel y Ortega, Lucía (2014) “El avance de la soja hacia fuera de la región pampeana”. VIII Jornadas en Economías Regionales, Posadas.
Reflexiones sobre el papel de la renta agraria y la política estatal
- Flichman, Guillermo (1978). “Notas sobre el desarrollo agropecuario en la región pampeana argentina (o por qué Pergamino no es Iowa)”. *Estudios CEDES* vol.1 N° 4/5, pp.5-52
- Kautsky, Karl (2002 [1899]). *La cuestión agraria*. México, Siglo XXI
- Lódola, Agustín y Rafael Brigo (2013). “Contratistas de servicio agropecuarios, difusión tecnológica y redes agroalimentarias: una larga y productiva relación”. En *Claves para repensar el agro argentino*, pp. 203-258, Guillermo Anlló, Roberto Bisang y Mercedes Campi, coordinadores. Buenos Aires: EUDEBA
- López Castro, Natalia y Javier Balsa (2011). “La agricultura familiar ‘moderna’. Caracterización y complejidad de sus formas concretas en la región pampeana”. En: López Castro, N. y Prividera, G. (comp) *Repensar la Agricultura Familiar. Aportes para desentrañar la complejidad agraria pampeana*. Buenos Aires: CICCUS-INTA
- Muzlera, José (2013). *La modernidad tardía en el agro pampeano. Sujetos agrarios y estructura productiva*. Bernal, Universidad de Quilmes Editorial
- Muzlera, José (2015). Descripción universo contratistas. CEAR-UNQ (mimeo)



ASOCIACIÓN ARGENTINA DE ESPECIALISTAS EN ESTUDIOS DEL TRABAJO

CONGRESO NACIONAL DE ESTUDIOS DEL TRABAJO

EL TRABAJO EN CONFLICTO. Dinámicas y expresiones en el contexto actual

BUENOS AIRES, 2, 3 Y 4 DE AGOSTO DE 2017

- Rearte, Daniel. (2010). Situación actual y prospectiva de la producción de carne vacuna. INTA
- Taylor, Carl (1948). *Rural life in Argentina*. Baton Rouge, Lousiana State University Press, 1948
- Villulla, J. M. y Hadida, F. (2012). “Salto tecnológico, puestos laborales y productividad del trabajo en la agricultura pampeana, 1970-2010”. En: *Documentos del CIEA*, N°8. Buenos Aires, 2012, pp. 115-128.
- Villulla, Juan Manuel (2010). “¿Quién produce las cosechas récord? El ‘boom’ sojero y el papel de los obreros rurales en la agricultura pampeana contemporánea.” *Realidad Económica* N° 253
- Villulla, Juan Manuel (2015) *Las cosechas son ajenas. Historia de los trabajadores rurales detrás del agronegocio*. Buenos Aires, Editorial Cienflores